



La Deitania y Begastro.

(NOTICIA BIBLIOGRÁFICA.)

El reputado literato Sr. Fernandez Guerra ha tenido el buen acuerdo de publicar en un folleto aparte la conferencia dada por él hace poco, en la Sociedad Geográfica sobre la antigua *Deitania*, proporcionando así a la generalidad de los aficionados a esta clase de estudios que puedan saborear la sabrosa erudición, la aguda crítica, el saber tan profundo como ameno, que en este trabajo resplandecen, cual en todos los del ilustre académico.

El Sr. Fernandez Guerra propúsose solamente aclarar un punto hasta aquí muy controvertido, de la geografía eclesiástica española: la situación de la antigua Begastro, ciudad episcopal célebre en los concilios de Toledo. Ambrosio de Morales creyó que debía de estar cerca de Cazorla; Gaspar de Escolano quiso llevarla a San Gines (cuatro leguas S. E. de Orihuela); el licenciado Francisco Cascales entendía ser Begastro el nombre de Murcia en tiempo de los godos; el insigne P. Florez, en su *España Sagrada*, conjeturó que se había de suponer entre Orihuela y Murcia; D. Juan Lozano, en su *Bestitania y Contestania*, dió por resuelta la cuestión, fijando la antigua silla begastrense en el moderno Lugar-Nuevo, sobre la margen derecha del Segura; le siguieron Hervás y Cean-Bermúdez, y aunque despues Cortés y Lopez identificó á Begastro con la Bogarra de Albacete, la opinion de Lozano ha venido hasta ahora siendo la admitida por cierta.

Un reciente precioso descubrimiento epigráfico la declara á todas igualmente erróneas, traspasando el rígnulo alongo con que se ufana el Lugar-Nuevo á la murciana villa de Cehegin, bastantes leguas más hacia el Ocaso. Dicho interesante hallazgo consiste en la parte superior de un ara, con esta inscripción en caracteres del tiempo de Augusto:

IOVI OPTIMO
MAXIMO R P
BEGASTRESI
VM RESTITUIT

Jovi Optimo Maximo Republica Begastresium restituit.—A Júpiter Optimo Máximo restituyó este simulacro y templo la República de los begastreses.

Inscripción que, juntamente con otras muchas de la misma época, há tiempo recogidas por los eruditos murcianos don Martín de Ambel y Fr. P. Manuel Ortega, y estudiadas por el sabio Hübner, halladas, como ella, á dos kilómetros de Cehegin, en el llamado *Cabezo de la Muela*, donde aún se muestran abundantes restos de antigua población fuerte, fija, sin lugar á duda, el sitio de la discutida capital de la *Deitania*.

Dato al parecer tan sencillo, adquiere, gracias á la poderosa sagacidad crítica del Sr. Fernandez Guerra, una importancia incalculable; le sirve para reconstituir la geografía y la historia de la olvidada región deitana, cuya memoria debemos á Estrabon y Plinio. La cual, subiendo por larga y estrecha faja desde las playas de Aguilas y Mazarron hasta Cerros-Verdes y Alpera, fué una de las tres regiones que, corriendo á lo largo del Oróspeda, ocupaban en el rincón S. E. de la Península, con poca diferencia, lo que el moderno reino de Murcia; enmedio los deitanos, y á uno y otro lado los bastitanos y los contestanos.

De las tres en conjunto había tratado ya luminosamente en su contestación al discurso del Sr. Rada en la Academia de la Historia, que tuvo por asunto los importantísimos descubrimientos de Monte-Alegre, tesoro que hoy posee el Museo Arqueológico. El nuevo trabajo, contrayéndose á la *Deitania*, allega y concilia cuantos datos puede hallar aquí y allí dispersos é inadvertidos el más valiente estudio, para presentárnosla de relieve, cual si no yaciera entre la oscuridad de un pasado remoto.

El territorio deitano, poblado por la primitiva gente mastiana, fué reducido por Roma á la España Citerior el año 197, y sucesivamente por Augusto y Constantino á las provincias de Zaragoza y Cartaginesa Espartaria. Deitanos y bastitanos, recobrando más tarde su independencia á favor del desbarajuste del siglo V,

forman la provincia de Oróspeda. A fines del VI la conquista y somete Leovigildo, como á todo lo que en la Península había podido hasta entonces sustraerse al cetro de los godos; y con ella y lo recién conquistado á los imperiales de Cartagena, compone la Aurariola. La cual, cuando la irrupción árabe, gracias al heroico ardid del conde Teodomiro, constituye la por algún tiempo independiente *Tierra de Todmir*.

En el relieve del orbe que Agripa, yerno de Augusto, tuvo el orgullo de exponer bajo sus célebres pórticos, estaba representada la Deitania entre los bastitanos, los contestanos, el mar y los celtiberos.

Plinio menciona así la región, pero no sus ciudades. El Sr. Fernandez Guerra, valiéndose del alexandrino Tolomeo, de los vasos apolinaris hallados no hace mucho (y ya bien célebres) en las termas de Vicarello, del Itinerario de Caracalla, de Tito Livio, Idacio y el árabe Edrisi, descubre y fija hasta veintinueve poblaciones deitanas, como *Sáltiga* (Chinchilla), *Ségisa* (Cieza), *Ilánium* (Hellín), *Carca* (Caravaca), *Elícrota* (Lorca), etc. Entre todas la más importante, *Begastro*, heredera en la capitalidad de Totana y Lorca, y sede episcopal de extensa jurisdicción, como que al suyo agrega el territorio de la diócesis cartaginense, luégo de asolada Cartagena por Suintila en 625.

De ocho prelados logra noticias el ilustre académico; cinco de tiempo y orden averiguados y seguros, tres de incierto uno y otro: Epéneto, Acrúgmino, Agniviata, Vincencio, Bigtino, Giberio, Juan y Prócuro. Con ellos reconpone el episcopologio deitano y su historia, como ántes ha hecho con la historia política de la Deitania, donde las victorias de los Escipiones en *Biguerra* y *Munda*, su campaña de *Amolorgi*, el lamentable fin de Gneo Cornelio en el Cabezo de la Jara, las derrotas de Búdas y Begásides junto á *Turbula*, la toma de *Lilabro* por Cayo Flaminio, las postimerías de la monarquía visigoda y la generosa heroicidad de Teodomiro, la romancesca *caza de Roncesvalles* en que don Carlos perdió la honra, murieron los doce pares,

y el incendio de la flota del esclaví Abderaman por el Califa cordobés, son otros tantos episodios tan oportuna, interesante y galanamente referidos, que habrán de chasquear muy agradablemente á quien hojese la preciosa monografía, creyendo encontrarse, dada la índole del asunto, sólo con un alarde de indigesta erudición.

Pasmosa es la que avalora este trabajo, pero nada aburrida y sí sabrosísima para los que gustan de paldear tal suerte de alimentos literarios; y aún para los que de ordinario los repugnan, están aquí condimentados con tan exquisito arte, que no hay sino rendirse al hábil cocinero. Pocos escritores manejan el habla castellana con tan graciosa elegancia como el Sr. Fernandez Guerra; pocos saben amenizar como él con el encanto de su pluma estas materias áridas á que suelen llevarle sus estudios de erudito y arqueólogo. Sus escritos son dechado de corrección y gusto. No hay, pues, que ponderar bajo este aspecto su reciente obra.

La acompaña un curioso mapa á dos tintas, en que ha colaborado el Sr. Coello, y que es digno complemento de esta que no dudamos llamar verdadera joya literaria.

A. BAQUERO ALMANSA.

Las estrellas errantes.

«¿Qué son, madre, decía estrechando su seno con ternura y con acento de infantil candor, ¿qué son, ¡oh, madre mía! esos puntos de luz que en noche oscura el aire cortan con girar veloz? Trazando blanca huella, cual lágrimas caídas de una estrella, un instante los miro fulgurar...»
La madre, sonriente, respondió de este modo al inocente, que la escuchó con crédula bondad: «En los celestes ámbitos serenos son esas chispas que contemplan tú las almas puras de los niños buenos, que Dios transforma en ángeles de luz.»

De la callada estancia que alumbran de la tarde los fulgores, la pobre madre llora en un rincón. Aún la vaga fregancia

se aspira allí de las nevadas flores con que al infante muerto se adornó. La llama moribunda del Sol se apaga, y á la vez se inunda de estrellas la azulada inmensidad. La madre, acoñojada, eleva al firmamento su mirada buscando alguna cosa con afán. Y ve surcar los ámbitos serenos del estrellado firmamento azul las almas puras de los niños buenos, convertidas en ángeles de luz.

III

¡Bien haya el que confía en la eterna bondad, que nunca niega consuelo al que lo implora en su aficción! La pobre madre, un día, en el que de llorar quedóse ciega, en una noche eterna se abismó. Y desde entonces baña su rostro, que la pena ya no empaña, dulce, tranquila, bienhechora paz. Su espíritu creyente entre las sombras ve constantemente átomos luminosos resbalar. Ante sus ojos fijos y serenos pasan siempre en alada multitud las almas puras de los niños buenos, transformadas en ángeles de luz.

RICARDO GIL.

Manías singulares

DE ALGUNOS ESCRITORES CÉLEBRES.

La poesía y la literatura, que son el país de la imaginación, deben, por esto mismo, ser también el de las extravagancias, porque el pensamiento no puede estar activo sin que el cuerpo responda por vivas sacudidas, por efectos galvánicos. El hombre que abusa largo tiempo de sus facultades intelectuales (y á todos los escritores les pasa), acaba por adquirir las más extraordinarias manías, por entregarse á las costumbres físicas más extrañas.

No hablaré de la distracción: en ellos es una enfermedad natural, pero todos tienen alguna ó varias singularidades. Lo que alegra á los demás, con frecuencia les entristece; lo que entristece, los alegra. Son caprichosos ó porfiados, risueños ó melancólicos, desaliñados ó presumidos, atolondrados ó taciturnos; cada uno de ellos, en una palabra, se distingue por una extravagancia particular. Algunos llevan la originalidad hasta parecerse á todo el mundo.

Las manías de que tratamos se advierten especialmente cuando los autores están componiendo, y es lo natural. Todas las fibras se hallan entonces en movimiento, todos los nervios contraídos. Es el instante en que nadie los observa, en el que pueden ser raros sin testigos y extravagantes sin crítica.

Se encuentran escritores que para trabajar buscan la compañía, otros desean la soledad. Unos anhelan las tinieblas, otros necesitan la luz. Algunos se paralizan al ver una mesa de escribir ó una pluma, otros no sacan sus ideas más que de su tintero. Se ven, en fin, escritores para los cuales la falta de todo ruido es indispensable, y otros que se inspiran por el viento, el granizo y el choque de los elementos. Hé aquí algunos hechos que hemos recogido:

Juan de Lafontaine fué dividido un día bajo un árbol á las seis de la mañana, cayendo la lluvia á torrentes; se le encontró á las ocho de la noche en el mismo sitio y con la misma lluvia, sin haber bebido ni comido. ¡Estaba componiendo!

Nadie se parece menos al gran fabulista que el autor de la *Historia natural*; nada más distinto que su manera de ser. Cuando redactaba Buffon aquellas bellas y nobles páginas, que serán la eterna admiración de las personas de gusto, tenía delante un magnífico escritorio de caoba, se ponía el traje de corte, la espada horizontal, la chorrera y los puños de encaje.

A Juan Jacobo Rousseau le gustaba ver la naturaleza mientras componía; necesitaba el aire de los bosques y la vista de los campos. — Al andar se avivan mis ideas, y mi cabeza no anda sin mis pies, ha dicho en sus *Confesiones*.

Cuando se ocupaba en Ferney de su tragedia *Catilina*, Voltaire, para inspirarse mejor, se vestía de una manera extraña y declamaba sus versos accionando enmedio de las calles de su jardín. Al ver su traje extravagante, permitiéndose el jardinero reírse, su amo le echó enseguida de su casa.

Al día siguiente, madame Denis y todos sus comensales intervinieron, pero el señor de Ferney se mostró inflexible. Por

más que objetaron que aquel desgraciado era padre de familia, obtuvieron que le diese una pensión, pero Voltaire no le volvió á admitir á su servicio.

Madame de Estael no podía hallar una idea si no rodaba rápidamente por sus manos una ramita de un árbol ó una bolita de miga de pan. Esa ramita ó esa bola le eran indispensables; sin ellas le faltaba la inspiración.

El ilustre autor de la *Mecánica celeste*, el geómetra Laplace, que era también un escritor distinguido, jugaba perpetuamente con una madeja de hilo. Su poderosa inteligencia se hubiese parado á falta de aquella madeja, y su criado, velando por su gloria, iba todas las mañanas á deslizarla entre sus dedos.

Diderot, cuando trabajaba, parecía un hicrofante, una pitonisa desmelenada. Se agitaba, traspiraba, gesticulaba, se paseaba precipitadamente, representando su peluca un gran papel. La arrojaba al aire, la recogía, volvía á ponérsela, la tiraba de nuevo, lanzaba ahogados gritos, y poco faltaba para que le diesen ataques de nervios. Uno de sus colegas le sorprendió un día con el rostro inundado de lágrimas.

—¡Dios mío! —le dijo. —¿Qué tienes?
—Lloro por un cuento que estoy haciendo.

Cuando el célebre Kant era profesor en Königsberg, había, mientras duraba la clase, contraído la costumbre de fijar la vista en el traje de uno de sus oyentes. A aquel traje le faltaba un botón, y precisamente era el lugar desocupado el que tenía el privilegio de reconcentrar las miradas y de fijar la atención del maestro. Hilos imperceptibles partían, sin duda, de aquel lugar para agitar su cerebro y animar su improvisación. Hacía seis meses que duraban aquellas relaciones íntimas entre un puesto vacío y el cerebro de un filósofo, cuando al estudiante le dió capricho de hacerse reponer el botón... ¡Cuál no sería la consternación del pobre Kant, que á su entrada en la cátedra vió aquel pedazo de metal! Aterrado, se sonrojó, palideció, rompióse la cadena de sus ideas, y su lección fué detestable.

Otro hombre de talento, arrebatado demasiado pronto á la literatura, Brault, autor de la notable tragedia *Cristina*, representada en 1829 despues de su muerte, no podía versificar si no llevaba puestas ciertas prendas de vestir que guardaba cuidadosamente para este uso. —Ayer me he notado inspirado, decía con frecuencia; he vuelto precipitadamente á casa, me he puesto mi traje de poeta, y he ido el bosque de Boulogne, donde he trabajado todo el día.

Su traje de poeta se componía de una levita raída, de un pantalon deteriorado, de un sombrero y de un chaleco viejos. Brault se asustaba seriamente al considerar que aquel traje no podría usarse siempre.

—¿Qué será entonces de mí? preguntaba con pesar. ¿Me verá obligado á renunciar á mi carrera?...
Pero él duró ménos que sus harapos.

En vez de vestirse de cierto modo, hay escritores que sienten la necesidad de desnudarse. Picard escribía sus comedias en la cama.

De todas las organizaciones de escritores, la más extraña ha sido tal vez la de Lesagé, el autor de *Gil Blas* y de *Turcaret*. Sus facultades se dirigían por el sol. Embotadas durante las tinieblas, se despertaban con aquel astro. Se elevaban por grados á medida que se elevaba él mismo; despues, por grados también decrecían, desapareciendo con él. Si no fuése el hecho reciente y probado por mil testimonios, no se creería ver uno de los más ingeniosos emblemas que la mitología griega nos ha transmitido?

El historiador Merzeray, para inspirarse, necesitaba la oscuridad, y hasta durante el día no componía más que con luz artificial. Todas sus habitaciones estaban cerradas, todas las piezas sombrías, y cuando le visitaban sus amigos tenía la costumbre, en pleno día, de acompañarlos con una lámpara en la mano.

El pintor Girodet, que la literatura reclama, tanto porque versificaba, cuanto porque en la pintura hay poesía, Girodet era también un artista nocturno. De noche se apoderaba de él la fiebre de la inspiración, entonces se levantaba sobresal-

tado, hacía colocar en su estudio arañas encendidas y trabajaba. El *Diluvio*, *Galatea* y otras obras maestras han sido compuestas así.

Fossey es notable por otra manía. Sabe de memoria los versos de casi todos los poetas, principalmente de Voltaire, y olvidada los propios á medida que los acaba. En su palacio de la Reina Blanca ha escrito parte de sus tragedias, componiéndolas en una sola calle de su jardín.

En cada extremo de esa alameda se veía un banco, y sobre cada banco un lápiz y papel. Había el banco de la primera rima y el banco de la segunda; el autor de *Síla* no hubiese podido, sin escribir, aguardar el fin de un solo distico. En una ocasión no conoció una canción suya de diez y ocho estrofas cantada por Chazet en su presencia.

El cantor de Felipe Augusto, Parseval-Grandmaison, de la Academia francesa, versificaba como otros muchos paseándose, pero daba largos paseos, y únicamente cuando su cuerpo estaba muy cansado, sus ideas se aclaraban. Un día que salió á comer á casa de un amigo, tuvo por el camino un pensamiento poético, pasó por delante de dicha casa sin verla, compuso versos hasta la noche, y no advirtió que no había comido en todo el día, hasta que su criada se lo hizo notar preguntándole qué platos le habían servido.

Por fin, Casimir Bonjour el escritor que nos ha proporcionado estas noticias que extractamos de uno de sus artículos, declara que compone versos en las calles, en las plazas, enmedio del movimiento de las fiestas públicas. La agitación exterior le agrada, y el ruido y la confusión le animan sin distraerle. No escribe nunca, todo lo confía á la memoria; cuando compone cinco actos, hace los cinco á la vez, acaso empieza por el último y acaba por el primero, añadiendo que las disposiciones del espíritu son capriciosas y completamente independientes de nuestra voluntad, y que un autor debe escribir las escenas cómicas cuando esté contento, y las serias cuando se halle triste.—J.

Ensayo de crítica médica.

INTRODUCCION.

Despues de algunos años de permanencia en América, en cuyo vasto territorio hemos ejercido nuestra profesion, volvemos á nuestra Patria, ansiosos de contribuir con todas nuestras fuerzas al progreso del arte de curar. Han aparecido en diversas épocas ciertas celebridades que iniciaron algo que se parece á la verdad; pero fueron tan exclusivistas, que redujeron todos los medicamentos conocidos á una *panacea* universal, presentándola al público como el único remedio para combatir todas las dolencias. Llevado este recurso á la práctica, tras algunos casos desgraciados ó de haber producido malos efectos en la economía, fué abandonado, como debía suceder; porque si son diferentes las constituciones humanas, variado debe ser también el plan curativo que se adopte para cada individuo.

Hipócrates, Galeno, Stahl, Huxham, Stoll y algunos otros, tuvieron una idea más exacta de la enfermedad que hoy se tiene, é hicieron uso de medicamentos que aminoraban la dolencia; pero los administraron por algunos buenos resultados que de vez en cuando producían, y no porque conociesen la parte de enfermedad que es capaz de eliminar una cantidad determinada de medicina. Así es que quedaban satisfechos, cuando cierto número de días habían disminuido los síntomas predominantes dejando por consiguiente aliviada la dolencia, pero de ningun modo extirpada en toda su integridad.

El médico que sabe curar, debe señalar al enfermo el tiempo preciso que necesita medicarse para recobrar la salud, porque este juicio es el que resulta del pleno conocimiento que se tiene de la constitución, de la enfermedad del individuo, y de los efectos que ocasiona en el organismo la medicina que debe administrarse. Es verdad que tal pronóstico no apareció jamás en los labios de la lumbrera de la ciencia médica; pero esto no excluye el que el arte, la ciencia y el enfermo lo exijan, pues lo contrario es obrar sin conocer las causas y los efectos, es andar á ciegas por caminos desconocidos, es pasar el tiempo

...yos inútiles, cuando no altamente... para el individuo y para la...

Decía Hipócrates que la experiencia es engañosa, y sabía lo que afirmaba, pues en su tiempo, como al presente, se confundía el alivio momentáneo con la curación. Así es que como la enfermedad (cuando hay sólo alivio) vuelve á aparecer, después de algún tiempo, más ó menos transformada, de aquí que el profundo pensador griego afirmase lo que hoy tal vez nieguen sus malos discípulos; esto es, que es engañosa la experiencia, ó que los medicamentos que estaban en uso no quitaban la enfermedad del cuerpo humano, sino que la aminoraban en algunos casos. Asistido hoy un enfermo por todos los sistemas conocidos, incluso la homeopatía, la hidropatía, la dosimetría, la metaloterapia y otras muchas invenciones del espíritu de novedad que se ha desarrollado en la época en que vivimos, la dolencia subsiste en el cuerpo del enfermo, y volverá á aparecer de nuevo, por muchos ensos prácticos que se publiquen en contra en los anales de la medicina, y por más lustre que se pretenda dar á las invenciones. Esta aparición no debe realizarse, si el plan curativo que se adopte reúne todas las condiciones exigidas por la lógica más severa.

Obstáculos insuperables han entorpecido en diversas épocas la marcha tranquila del progreso del arte de curar. Aparece, por un lado, la general ignorancia del pueblo; por otro, las creencias sin examen; por aquí, el fanatismo científico; por allí, la opinión jactanciosa de las celebridades contemporáneas; acá, el excesivo valor de las afirmaciones de autoridades que pesaron; allá, la ridícula manía de no considerar como excelente más que lo que nos viene de los extraños. Con todo, la verdad se abre paso por entre tanto prevaricador de la razón humana, y extingue con su luz divina las oscuras formas que reviste la ignorancia, para que desaparezcan del mundo real, y caigan rodando al abismo de la superstición, de la obstinación y de las miserias.

Hoy que tanto se anuncia con estrépito, hoy que tanto se escribe y se comenta, hoy que tanto se divulga y se sublima, hoy que tanto el público una regla de conducta infalible que seguir para no caer en las redes de la mentira y de la especulación, ¿Es tratada una enfermedad por cualquiera con estos ó aquellos medicamentos y dado por curado el individuo? Procure éste examinarse y ver si disfruta del vigor y energía que había perdido, si ha recobrado el buen color, la fuerza y alegría que tuvo antes de encontrarse enfermo; si su aliento es fétido; si las funciones orgánicas no se alteran al menor exceso; si la dolencia se repite después de algún tiempo, bajo la misma forma ú otra diferente. Si falta alguna de estas circunstancias, el que se encargó de la curación no ha hecho absolutamente nada, ni menos han producido resultados positivos los medicamentos que se administraron.

Otra prueba se presenta al enfermo para distinguir al que posee el arte de curar del que sólo tiene conocimientos teóricos de medicina. El primero curará una úlcera de la pierna ó de otra parte, las herpes ulcerosas ó no ulcerosas, las enfermedades de la vista, la cataratas, el tumor blanco, las hemorragias, la supuración del oído, las manchas del rostro, la perlsis, el reumatismo, la gota, etc., etc., sin aplicar localmente medicamento alguno. El segundo concretará todo su empeño en aplicar cáusticos, colirios, operaciones quirúrgicas, astríngentes, la electricidad, cataplasmas, baños, etc., etc., cuyos recursos no pueden quitar nunca enfermedad alguna, porque su acción no se dirige contra la causa, sino contra los efectos; y si aquella continúa, los efectos han de tornar á reproducirse.

Tengan muy presente estas reglas los que padecen, y no darán mérito á quien no lo tiene, y los anuncios quedarán para los ciegos, los dichos para los sordos, los milagros para los ignorantes, y las incubaciones se estrellarán contra la razón pura, contra el sentido común, contra la verdad.

La estadística nos demuestra que desde 1858 á 1864 murieron en España 242.784 menores de diez años. Si estos individuos adquirieron la enfermedad durante su corta vida, que serían los menos, no pudieron ser curados ó no supieron curarles: si la dolencia que les condujo al sepulcro fué hereditaria, que serían los más, tampoco fueron curados ni los padres ni los hijos.

Además, desde 1854 á 1856 inclusive nacieron en Francia 113.348 niños muertos, según la estadística de Block. No hay

que dudar que, salvo muy cortas excepciones, estos niños procedían de padres enfermos; padres que fueron considerados como exentos de enfermedad alguna, siendo así que no lo estaban en realidad, sino que se tomó el alivio por la curación.

En presencia de datos tan exactos y tan desconsoladores, de una época en que brillaron eminencias en el arte de curar, ¿debemos todavía permanecer refractarios á toda idea de reforma, á todo descubrimiento que no se amolde á las doctrinas emitidas en los textos de la ciencia? Y si la invención cuenta con el asentimiento de la conciencia, con la sanción del desinterés, con lo positivo de los hechos y con la aprobación unánime de los enfermos dóciles, ¿aparecerá todavía persona alguna que pretenda oponerse obstinadamente á la realidad de las cosas? ¿No hay en el mundo aire para todos los pulmones, empleo para todas las fuerzas, asuntos para todas las inclinaciones, recursos para todas las necesidades de la vida?

Indudablemente; hoy pueden nacer genios como nacieron ayer; la ciencia y el arte no son patrimonio de una época determinada de la historia de la humanidad; tratase de un individuo que acaba de sanar a una hija suya. Carlos Freeman de Pocanet, en Massachusetts, inmoló á su niña Edith, de cinco años, imaginándose que así consumaba un sacrificio agradable á Dios. Era ese Freeman hombre de exaltada fe religiosa, y vivía consagrado á las prácticas más severas. Su esposa compartía con él su exagerado misticismo. Entre los antecedentes de Freeman parece descubrirse como vicio remoto, y de que ya se había corregido, el alcoholismo. Dejamos consignado ya que la esposa de Freeman participaba de la exaltación religiosa de éste; pero es cosa digna de notarse, y hecho sobre el cual hemos de insistir, que los individuos todos de la secta religiosa á que este matrimonio pertenece aprueban y aplauden, lejos de condenar el hecho en cuestión. Freeman está preso, y los tribunales de los Estados Unidos entienden en la causa. Este hecho, como se ve, es anómalo, y si pasma y horroriza en sí mismo, no llama menos la atención en cuanto se relaciona con el espíritu de la secta á que Freeman pertenece.

El Sr. Mestre, teniendo en cuenta las circunstancias morales y sociales en que el hecho se ha verificado, lo describe como un caso de reversion moral. No es para tratada de ligero cuestión de suyo tan interesante, ni la profundidad de concepto que envuelve así expuesta, consiente la somera crítica que de ella nos es dado hacer en estos momentos. Por otra parte, la complejidad misma de los hechos que á su alrededor se agrupan, exigirá, para ser tratados con acierto, una serie de consideraciones tan diversas, que ni está en nuestra aptitud ni cabe en los límites de este artículo el hacerlas; sirvan estas aclaraciones de atenuación, y que no de disculpa, á la deficiencia de las consideraciones que este estudio nos sugiera. No proseguiremos sin hacer constar que las apreciaciones del Sr. Mestre no fueron oídas sin oposición, y aún sin formal oposición, por parte de los Sres. Nuñez y Valdés, y con abundante copia de razones impugnaron la reversion interpretada por aquél, procurando referir el hecho á un proceso puramente patológico. De aquí surgió un animado debate en que terciaron, compartiendo más ó menos decididamente la opinión del señor presidente, los Sres. Montalvo y Varona.

Procuremos nosotros á nuestra vez comentar los hechos expuestos y entremos en la apreciación de doctrina que sustenta el Sr. Mestre.

Cuando hablamos de reversion física, cuando referimos á la apariencia insólita de un órgano en un individuo dado, consideramos el hecho como atávico, podemos referir y referimos inudablemente ese órgano á otro órgano, ese individuo á otro individuo de caracteres bien conocidos: lo permanente en el uno, lo accidental en el otro, constituyen la relación que determina el atavismo. Real ó ficticio el individuo á cuyos caracteres permanentes referimos el carácter accidental, el tipo no por eso menos evidente. El mayor desarrollo accidental de un músculo ó de un órgano más complejo como una mama; la modificación de los pigmentos que coloran determinado sistema, etc., relacionados con idéntica forma considerada como permanente en individuos anteriores, constituyen un hecho de reversion en lo físico. Pero ¿á qué tipo referir la reversion en lo intelectual, en lo moral? Si es indudable que toda manifestación anímica debe referirse al órgano que es su asiento, ni estas relaciones están perfecta y notablemente delineadas, ni es cosa de fácil apreciación tampoco si un fenómeno moral é

extraños, ni animosidad contra los pro... intelectuales dentro del dominio de lo normal ó del patológico. En efecto, ¿quién ha señalado límites á esa frontera indecisa que parece separar la razón de la locura, y en cuyo dominio existen y se manifiestan actividades intelectuales ó afectivas características de un individuo, ó por idéntico modo características también de los hombres todos de determinada época histórica? ¿Quién ha señalado ese límite? En los matices varios que distinguen la inteligencia, el talento y el genio, y los diversos grados de perspicuidad intelectual, ¿qué existe de inmutable, qué de tético para que pueda referirse á ello una forma cualquiera de la actividad anímica del hombre? ¿Qué es dentro de todo esto lo patológico, y qué es, ante todo, lo que se acepta como natural y legítimo?

JUAN ANTONIO CANTERO.

El nuevo Abraham.

Interesante por extremo fué la sesión última de la Sociedad Antropológica. Su digno presidente, el Sr. Mestre, dió lectura á un trabajo en que exponía y comentaba un hecho no raro en la historia de la humanidad, pero que en las circunstancias actuales de la sociedad en que se ha verificado, cuando menos era anacronismo moral, por más que pueden haber concurrido á su producción circunstancias y condiciones en cierto modo patológicas. Todos conocemos la historia de Abraham; tratase de un individuo que acaba de sanar a una hija suya. Carlos Freeman de Pocanet, en Massachusetts, inmoló á su niña Edith, de cinco años, imaginándose que así consumaba un sacrificio agradable á Dios. Era ese Freeman hombre de exaltada fe religiosa, y vivía consagrado á las prácticas más severas. Su esposa compartía con él su exagerado misticismo. Entre los antecedentes de Freeman parece descubrirse como vicio remoto, y de que ya se había corregido, el alcoholismo. Dejamos consignado ya que la esposa de Freeman participaba de la exaltación religiosa de éste; pero es cosa digna de notarse, y hecho sobre el cual hemos de insistir, que los individuos todos de la secta religiosa á que este matrimonio pertenece aprueban y aplauden, lejos de condenar el hecho en cuestión. Freeman está preso, y los tribunales de los Estados Unidos entienden en la causa. Este hecho, como se ve, es anómalo, y si pasma y horroriza en sí mismo, no llama menos la atención en cuanto se relaciona con el espíritu de la secta á que Freeman pertenece.

El Sr. Mestre, teniendo en cuenta las circunstancias morales y sociales en que el hecho se ha verificado, lo describe como un caso de reversion moral. No es para tratada de ligero cuestión de suyo tan interesante, ni la profundidad de concepto que envuelve así expuesta, consiente la somera crítica que de ella nos es dado hacer en estos momentos. Por otra parte, la complejidad misma de los hechos que á su alrededor se agrupan, exigirá, para ser tratados con acierto, una serie de consideraciones tan diversas, que ni está en nuestra aptitud ni cabe en los límites de este artículo el hacerlas; sirvan estas aclaraciones de atenuación, y que no de disculpa, á la deficiencia de las consideraciones que este estudio nos sugiera. No proseguiremos sin hacer constar que las apreciaciones del Sr. Mestre no fueron oídas sin oposición, y aún sin formal oposición, por parte de los Sres. Nuñez y Valdés, y con abundante copia de razones impugnaron la reversion interpretada por aquél, procurando referir el hecho á un proceso puramente patológico. De aquí surgió un animado debate en que terciaron, compartiendo más ó menos decididamente la opinión del señor presidente, los Sres. Montalvo y Varona.

Procuremos nosotros á nuestra vez comentar los hechos expuestos y entremos en la apreciación de doctrina que sustenta el Sr. Mestre.

Cuando hablamos de reversion física, cuando referimos á la apariencia insólita de un órgano en un individuo dado, consideramos el hecho como atávico, podemos referir y referimos inudablemente ese órgano á otro órgano, ese individuo á otro individuo de caracteres bien conocidos: lo permanente en el uno, lo accidental en el otro, constituyen la relación que determina el atavismo. Real ó ficticio el individuo á cuyos caracteres permanentes referimos el carácter accidental, el tipo no por eso menos evidente. El mayor desarrollo accidental de un músculo ó de un órgano más complejo como una mama; la modificación de los pigmentos que coloran determinado sistema, etc., relacionados con idéntica forma considerada como permanente en individuos anteriores, constituyen un hecho de reversion en lo físico. Pero ¿á qué tipo referir la reversion en lo intelectual, en lo moral? Si es indudable que toda manifestación anímica debe referirse al órgano que es su asiento, ni estas relaciones están perfecta y notablemente delineadas, ni es cosa de fácil apreciación tampoco si un fenómeno moral é

el proceso de la incubación de estos gérmenes escape hoy y se sustraiga á nuestro conocimiento, no es cosa que puede hacernos dudar de que ese proceso exista. Se ve, pues, que en el fondo hay completa semejanza entre los hechos de atavismo moral y los que se refieren á la reversion física, y de aquí se deduce sin violencia que el hecho estudiado por el señor Mestre se coloca naturalmente en el número de aquellos que se refieren al atavismo moral. Cuando declaramos atávico el hecho de la identidad de conformidad craneana entre un asesino de nuestros días y el hombre común de nuestra época contemporánea, debemos, sobre todo, tener en cuenta que hay también en el fondo de este hecho una serie de fenómenos morales muy complejos; tanto quizás como los que han provocado en la secta religiosa de Freeman la aparición de un estado correspondiente á una época histórica muy anterior.

Para hacer luz en esta materia sería necesario conocer qué fenómenos morales se refieren á la conformación del órgano y cuáles son aquellos que se producen en virtud de un proceso puramente moral. Ya hemos señalado la correlación que existe entre estas dos causas. Entónces, si se conviniera en referir únicamente los fenómenos de reversion á las modificaciones engendradas en la forma de los órganos; entónces, si los fenómenos provocados por causas puramente morales se descartasen del número de los que entran en el dominio de la reversion, entónces, y sólo entónces, tendríamos un criterio en estas cuestiones.

Quedaría sin embargo en pie la duda de que los fenómenos morales, se produzcan sin preparación y abono en los órganos que son su asiento, y esta otra que nos asaltaría naturalmente: ¿No será que llamamos morales aquellos fenómenos cuya condición de existencia material desconocemos? ¿No será que de este modo distraemos nuestra ignorancia? Pero ¿se refieren ó no las facultades morales del hombre actual á las que poseyeron sus ascendientes? ¿Son ó no de un modo general y hereditarias? En cualquier caso pueden referirse sus aptitudes, cuando éstas no sean señaladamente morbosas, á estados anteriores, máxime si concurren como en el caso presente á provocar su aparición consideraciones y circunstancias externas análogas á las que legitimaron en épocas anteriores: es la humanidad la existencia del carácter á que se refiere el hecho de reversion. De esta manera interpretamos nosotros, de acuerdo con el Sr. Mestre, los hechos por él expuestos en la última sesión de la Sociedad Antropológica. No negamos, y por este punto estamos de acuerdo con los Sres. Nuñez y Valdés, que, al menos en cuanto se refiere á Freeman, hay algo de patológico en las causas productoras del fenómeno; pero aparte de que éste proceso patológico no está bien delimitado de entre las causas morales concurrentes, ¿cómo puede decirse lo mismo de la esposa de Freeman, acaso puede decirse lo mismo de la numerosa secta á que ambos pertenecen y que participa en todas sus partes del estado anímico en que ambos esposos se hallan colocados?

E. B. E.

Habana Julio 7 de 1879.

Variedades

¿A qué edad puede uno casarse? Según la Revista de Higiene de París: En Austria á 14 años los dos sexos. En Alemania á 18 años los hombres y 14 las mujeres. Bélgica: los hombres á 18 años y 15 las mujeres. España: hombres 14 años y mujeres á 12. Francia: hombres 18 años y mujeres á 15. Grecia: hombres 14 años y las mujeres á 12. Hungría: católicos y ortodoxos, hombres 14 años, mujeres á los 12; protestantes: hombres 18 años, mujeres á los 15. Italia: hombres 18 años, mujeres á los 15. Portugal: los hombres á 14 y las mujeres á los 12. Rusia: hombres á 18, mujeres á los 16. Rumania: hombres á 18 y mujeres á 16. Sajonia: hombres 18, mujeres 16. Suiza, según los cantones: hombres de 14 á 20 años, mujeres de 12 á 17. Turquía á la pubertad.

Mortalidad por profesiones. Del trabajo de Popper con observaciones referentes á 2.885 obreros fallecidos en Praga en el trienio de 1874 á 1876, resulta la edad media ó término medio de vida siguiente para las profesiones que á continuación se expresan: Escultores y picapedreros, 35 años de vida.—Pescadores y remeros, 45.—Carniceros 47.—Panaderos, 43.9.—Cerveceros, 49.2.—Sombreceros, 41.3.—Carpinteros y carreteros, 48.7.—Cocheros, 51.5.—Zapateros, 41.1.—Cuberos y toneleros, 47.2.—Doradores, 30.6.—Herreros, 41.7.—Guanteros, 31.2.—Jardineros y leñeros, 50.1.—Albañiles, 41.1.—Ebanistas, 42.—Mineros y hulleros, 33.—Pintores, 46.3.—Bucadernadores, 39.—Corrajeros, 36.3.—Sastres, 43.1.—Curtidores de pieles, 39.8.